

El compromiso social del escritor: ¿Crisis de paradigma?

Edvard Hoem

Nosotros, quienes tenemos el lenguaje como patria y herramienta, trabajamos casi siempre a solas, pero estamos juntos, y junto con nuestra gente en naciones que están divididas y en continentes que muchas veces parecen estar muy separados.

De esta manera estamos representando tanto lo universal como lo particular, cada vez me parece más un privilegio, pero también significa que tenemos que alternar entre el proyecto perpetuo de la poesía, y las preguntas concretas que nuestro presente pone al orden del día.

Nuestro trato con los detalles siempre tiene relación con una totalidad universal. El lenguaje habla de lo que hay y de lo que debiera hacer; recuerda al ser humano de la sed por algo más, también cuando las grandes utopías se han derrumbado, y al parecer el hombre ha perdido las ilusiones de que el camino al Paraíso se puede volver a encontrar.

La ingenuidad y la inocencia nos han sido arrebatadas cuando se trata del ser humano y la fe en que la civilización va a alcanzar nuevas alturas. Sabemos que el hombre es un ser trágico, condenado a la ruina y a la muerte, pero también de que con nuestras vidas efímeras realizamos algo que se queda. Si no siempre es visto, tampoco será olvidado.

Personalmente vivo en una pequeña provincia, en la periferia de Europa: Noruega. Aproximadamente el uno de cada mil habitantes de la tierra pueden entender lo que escribo, si tienen buena voluntad. En situaciones afortunadas puede ser más de un uno por mil de éstos que se toman la molestia de poner atención. Esto, curiosamente, jamás me preocupa cuando escribo. De cualquier modo, estoy en una manera extraña, amarrado a las circunstancias bajo las cuales debe vivir mi pequeña tribu.

Llevo en mí ciertos momentos de una memoria colectiva.

Llevo en mí pedazos de un antiguo sueño. Sé que mi voz es mía solamente, y que miles de voces murmullan a través de ella. He recibido un mensaje de mis antepasados, que son noruegos y perdidos en una costa donde llueve mucho, donde los verdes son intensos, la religión abrumadora y la distancia entre los seres humanos es grande.

He percibido el susurro de las olas, he escuchado al hombre gemir de trabajo pesado, y gritar de placer y dolor, alguna parte entre risa y sueño.

No conozco la última verdad, pero anhelo encontrarla. No escribo la palabra decisiva, no construyo un sistema, pero soy uno de los caballeros de la mesa redonda, que busca el cáliz sagrado. Por eso siento que escribiendo sobre lo imposible, lo sin sentido, lo ridículo y la mentira, tanto sobre lo maravilloso, lo abrumador, lo que rompe las fronteras, es un quehacer lleno de sentido.

No soy profeta en mi país, soy un prisionero perpetuo de mi lengua, pero aún así el más libre de todos, porque no hay una puerta en el universo, no hay una cosa sagrada suficientemente grande, o una humillación suficientemente profunda, en la cual no puedo siempre penetrar. Mi oficio no tiene límites; no hay cosa creada por Dios o el hombre que sea excluido. Lenguaje, y otra vez lenguaje: es mi mensaje. No soy yo quien hablo en mi lengua, sino mi lengua habla por mí. Por lo tanto, también soy internacionalista, cuando salgo cojeando en mis muletas noruegas.

Reconozco la derrota cuando se cierran las fronteras, y cuando los hombres se dan la espalda. Veo cómo mi propio continente, Europa, trata de despertar sus viejos sueños de grandeza, construyendo un super estado desde Cabo del Norte hasta Sicilia. Y sé que esto se contradice en todo con lo que sé del camino que debe tomar la humanidad. Por eso, ahora último he ocupado mucha fuerza en introducirme al contexto social donde pertenezco: Luchando contra la unión política que está planificando la Comunidad Europea; doy mi pequeño aporte al complejo universal y a la existencia de mi nación. Veo cómo Europa, al terminar el siglo XX, se pone egoísta, cierra las fronteras y prepara el terreno para nuevas guerras y nuevas luchas para mercados y materias primas.

Veo este «Festung Europa» que emerge, que va a introducir una nueva ciudadanía europea que es más importante que la ciudadanía nacional, fundar una identidad europea que se prepara a tomar las armas contra el antiguo nacionalismo y la influencia de EE.UU. Y no los quiero acompañar. Amo a Europa, pero no a esta nueva Europa de clases y rangos; esta Europa manejada por el capital de los bancos alemanes, con su propio ejército e himno nacional.

Amo, y soy ciudadano de la otra Europa, de la Europa de los herejes, la Europa de los ideales de la libertad, la Europa que una vez parió pensamientos universales que fueron acogidos en todos los continentes.

Salir de una Europa egoísta y autosuficiente, hoy, es salir a respirar aire puro-aunque sea bajo el cielo sucio de Santiago.

Este es mi mensaje. Seremos testigos de la historia, predicando lo universal en un tiempo que levanta viejas ideas y estructuras de sociedad. Mi colega, P.O. (Å) Enguist, de Suecia, que jugó un rol importante cuando Dinamarca dijo NO a la Unión Europea, me dijo en Copenhague en la primavera: «Puede ser que perdamos la lucha, no trabajamos con política, sino en la luz de la historia, la que pasó, y la que pasará». Cada detalle que sea creado en el universo literario, y cada nave que se embarca en los siete mares de las lenguas, es una rememoración del valor único del proyecto universal literario, lo internacional de la poesía, la suma de la desesperanza y la esperanza que salvará al mundo.»